

## «LLEGAR A SER DISCÍPULO», DE M. LÉGAUT

Mercè Puig-Pey y  
Climent Nadeu <sup>(1)</sup>

En los últimos siglos, el mundo occidental se ha ido despojando de Dios. En su lugar se ha erigido un pedestal al Hombre, adorado como portador de un potencial ilimitado. Sin embargo, en esta época, marcada como está por fuertes crisis, van siendo muchas las voces que, desde distintas perspectivas y creencias, se aúnan para recordar los límites de lo humano y de sus creaciones, ya sean técnicas o sociales. Los cristianos de esta sociedad participan también de dicho antropocentrismo y de la esperanza depositada en las posibilidades humanas, sean o no conscientes de ello, e invoquen poco o mucho el nombre de Dios.

### *¿Qué supone ser discípulo de Jesús?*

En los círculos cristianos se habla a menudo de inspirarse en el modo de ser y de obrar de Jesús, o simplemente de imitarlo – con el peligro de descontextualizar su mensaje y acción –, y pocas veces se recuerda, como lo hace Légaut, que para llegar

---

(1) Nota del Editor: Los autores presentan, a modo de síntesis, su lectura de «Devenir disciple», un ensayo de Légaut publicado originalmente en *Mutation de l'Église et conversion personnelle* (París, Aubier, 1975, p. 165 y ss.), luego publicado en castellano en el *Cuaderno de la Diáspora* 2 (Valencia, 1994, p. 15 y ss., en traducción de Domingo Melero) y más tarde en catalán en: M. Légaut, *Itinerari. Fragments d'una recerca* (Barcelona, Fragmenta, 2007, p. 53 y ss., en traducción de Mercè Puig-Pey). Ver la versión castellana en: <https://www.marcellegaut.org/paginas/cdiaspora/cd02.html>

a ser un auténtico seguidor suyo hay que comprender y vivenciar la evolución espiritual de sus primeros discípulos. A lo largo de su caminar junto a Jesús, aquellos hombres y mujeres tuvieron que afrontar y superar graves retos personales y comunitarios de orden religioso, moral y sociopolítico a los que quizás no se ha prestado la suficiente atención.

Cuando se va a los textos neotestamentarios es conveniente recordar que éstos no muestran abiertamente el camino interior que los discípulos recorrieron junto a Jesús, ya que su objetivo principal era la predicación apostólica. Quien quiera comprender el largo y lento proceso de cambio de los primeros discípulos debe tener en cuenta que las palabras y los hechos que allí se exponen son fruto de reflexiones y elaboraciones intelectuales realizadas a posteriori <sup>(2)</sup>. A lo largo de su vida, Légaut no dejó de profundizar en esa comprensión a partir de los conocimientos que iba adquiriendo y del diálogo constante con la tradición. Aplicó a esta tarea su sentido crítico y su libertad de pensamiento y creatividad, con actitud de comunión, confianza y oración sincera ante el Misterio.

A pesar de la ausencia de Dios en el horizonte social y en las vidas personales, resulta adecuado preguntarse si existe algún paralelismo entre el proceso interior que los discípulos vivieron a lo largo de esos años, que los llevó a un cambio substancial en su visión de Dios y su relación con lo creado, y el proceso interior que han de vivir hoy sus seguidores inmersos en la postmodernidad. Aquel proceso obligó a los discípulos a reformular su fe y su esperanza, ¿será así hoy también?

El desencanto y la espera unen a los discípulos de todos los tiempos más de lo que se imaginan. En el siglo I, desencantados por cómo iban las cosas en su mundo, tenían puesta su esperanza fuera de ellos mismos, en la omnipotencia de un Dios que los salvaría llevando a su plena realización la utopía

<sup>(2)</sup> M. Légaut, «Los primeros discípulos», *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, Madrid, AML, 1999, p. 49 y ss.

mesiánica. Es probable que los discípulos del siglo XXI, desencantados por cómo van las cosas en su mundo, corran el peligro de externalizar también su propia responsabilidad, depositando su fe y su esperanza en el potencial del Hombre, que se erige ante ellos como ilimitado, esperando así alcanzar la plena realización de sus deseos de salud, bienestar, longevidad y paz social.

Crear ídolos es una tendencia ancestral del ser humano, ya sean ídolos relacionados con Dios, con el Hombre o con el Mundo. Los primeros discípulos, impulsados por Jesús, vivieron un proceso de liberación de la idolatría a cuyo seguimiento están llamados los discípulos de todos los tiempos. Ello requiere tomar conciencia de los propios ídolos y de los de la sociedad en la que se vive. Proceso que cada uno debe hacer por su cuenta y que le permite situarse ante una nueva y más profunda experiencia del Misterio. *A Dios, nadie lo ha visto jamás*, escribe el evangelista Juan en el prólogo de su evangelio (Jn 1,18).

*¿Cuál fue el camino que recorrieron los discípulos de Jesús hasta la Cruz?*

Aquellos hombres y mujeres tenían en su horizonte al Dios de Israel, al Dios heredado culturalmente de sus antepasados. Era lo normal en una sociedad en la que lo religioso estaba íntimamente imbricado con lo político y teñía la totalidad del tejido social. Algunos de ellos eran inquietos en el terreno espiritual y anteriormente habían estado con Juan el Bautista u otros maestros de los que desconocemos el nombre. Todos, sin duda, eran firmes creyentes en el Dios de su pueblo, creencia que daba sentido a su existencia. Así, su encuentro inicial con Jesús los llenó de entusiasmo porque en sus actos y en sus palabras vislumbraron la presencia de un enviado de Dios. Se preguntaban si sería Jesús el Mesías que vendría a restablecer el orden antiguo socavado por la corrupción de las instituciones

religiosas y de sus representantes, subordinados como estaban éstos a los poderes políticos y económicos de su tiempo.

Durante aquellos pocos años iniciales caminaron entusiasmados por los pueblos de Galilea junto a Jesús, escuchándole y preguntándole todo aquello que no entendían, contemplando sus gestos y acciones, que a menudo les impactaban por los riesgos que comportaban, y también asombrándose ante la energía salvífica que generaba su presencia y su contacto. Pero aquel entusiasmo e ilusión duró poco. Nos dicen los escritos que en solo tres años sus esperanzas se vieron truncadas y debieron hacer frente al desencanto y al abatimiento causado por la muerte en cruz del Maestro. Muerte previsible y acerca de la cual Jesús ya había avisado a los suyos. Muerte dictada por los que ostentaban el poder a causa de la personal y firme visión que Jesús tenía de Dios, y de la relación que establecía con Él y con sus contemporáneos. Un Dios *Abba* ajeno a la prepotencia del Mesías esperado por el pueblo y por ellos mismos. Un Dios que en el Calvario no acudió a salvar a Jesús de la muerte ignominiosa en la cruz (Mc 15,34).

Eran muchas las controversias que Jesús había generado entre ellos y en el interior de cada uno durante aquellos pocos años de su predicación itinerante. Controversias que los habían llevado a la encrucijada de tener que escoger entre el Dios de su tradición y el Dios de Jesús, lleno de novedad y misericordia para con los últimos y pequeños, en el que él depositó su confianza hasta el último momento. Recuerda Mateo en su Evangelio aquellas palabras de Jesús que comprendieron más tarde: *Ni tampoco se echa vino nuevo en pellejos viejos...; sino que el vino nuevo se echa en pellejos nuevos, y así ambos se conservan* (Mt 9,17). Un vaivén interior que acompañó a los discípulos hasta la noche de Getsemaní. Una noche crucial que los hundió en la más absoluta oscuridad al constatar con desconcierto el silencio e inacción de su Dios.

*¿Qué les sucedió a los discípulos para que resurgieran con tanta fuerza y alegría?*

Tras este doloroso final, sorprende y conmueve el hecho de constatar que, al cabo de un tiempo, los discípulos resurgieran del abismo de tal modo que llegaran a proclamar “¡Ha resucitado!”. Experiencia que los liberó de su estupor y desconcierto, y los empujó a salir abiertamente al encuentro de su pueblo, llenos de alegría y valentía, para compartir su experiencia de encuentro con el Resucitado.

Conviene tener en cuenta lo que dice Légaut acerca de los fenómenos carismáticos de las apariciones <sup>(3)</sup>. Para él, éstas no son el origen de la fe de los discípulos en Jesús sino la confirmación de la fe que sus discípulos ya tenían en él. Es el amor de Jesús por ellos, así como su fe en él, lo que en esos momentos de abatimiento y oscuridad los llevará a ir vislumbrando de un modo nuevo la veracidad de sus palabras y de sus gestos, así como a comprender su novedosa visión y experiencia de Dios. En Juan, Jesús insiste antes de morir: *Manteneos en mi amor* (Jn 15,9). Vínculo amoroso compartido en comunidad, que les permitió afrontar juntos la experiencia de fracaso, que les abrió un nuevo horizonte de sentido y los empujó a una misión genuina, de alcance universal.

Para Légaut es importante la distinción entre fe y creencias, reflexión que va desarrollando a lo largo de su obra. Tras la experiencia del Calvario, la esperanza de los discípulos, enraizada en sus viejas creencias, se desmoronó de tal modo que solo les quedó la fe en Jesús y en sus palabras. Fe, desnuda de creencias, que les permitió ir entendiendo y apropiándose de lo que habían escuchado y compartido con el Maestro. Fe en sí mismo, fe en el otro, fe en Dios –como dice Légaut. Para

---

<sup>(3)</sup> Légaut menciona las apariciones en su «Esbozo siempre a repensar sobre la vida de Jesús» dentro de «Llegar a ser discípulo», *Cuaderno de la Diáspora* 2, p. 45. Pero Légaut trata de ellas en profundidad en el capítulo de RPPC citado en la Nota 2, p. 69-74.

él es impensable separar una de las otras. Entre ellas se da el dinamismo pentecostal que olvidamos a menudo y que los *Hechos de los Apóstoles* recogieron. Con otras palabras, el evangelista Juan nos habla de la misma experiencia empoderadora que no habría sido posible antes de la muerte del Maestro. *Cuando venga el Defensor, el Espíritu de la verdad que procede del Padre y que yo os enviaré desde el Padre, él dará testimonio de mí. Y también vosotros seréis testigos porque habéis estado conmigo desde el principio* (Jn 15,26-27). Su fe en Jesús fue la condición de posibilidad del cambio radical en su experiencia de Dios y de lo que aconteció posteriormente en sus vidas.

### *Ser discípulo de Jesús hoy*

Es interesante preguntarse por el camino que debe recorrer hoy el discípulo de Jesús hasta llegar a la fe desnuda de creencias que lo llevará a liberarse de las idolatrías de su generación y a aportar de este modo su testimonio al mundo.

Desde hace tiempo se está constatando que el actual humanismo, asociado a su desmesura antropocéntrica que no respeta límites, debe ir afrontando grandes retos que muy probablemente irán acentuándose con el tiempo: destrucción del medio ambiente, desigualdades y roturas sociales, esclavitud de base tecnológica, crisis pandémicas... Dada esta situación, el discípulo de hoy, en comunión con los primeros discípulos y los cristianos de todos los tiempos, viviendo espiritualmente como ellos de la fe compartida en Jesús, va liberándose progresivamente de las falsas esperanzas puestas en la omnipotencia de lo humano y va aprendiendo a valorar y respetar la profunda interconexión entre los diversos elementos de la Realidad Trinitaria con una visión integradora, equilibrada y renovada <sup>(4)</sup>. Para ello es imprescindible que, en ese proceso de despojamiento de sus idolatrías, haga suya la mirada amorosa de Jesús y sus discípulos hacia los demás y hacia la creación entera, que

<sup>(4)</sup> R. Panikkar. *La experiencia cosmoteándrica*, Madrid (Trotta) 1998.

sigue “*gimiendo y sufriendo dolores de parto*”, como describe bellamente Pablo en su *Carta a los Romanos* (Rm 8,22).

Su fe en Jesús le permite aceptar los límites que la Realidad impone sin sucumbir a ellos, porque tiene la certeza de que en el límite se abre también la posibilidad de vida nueva, generadora de un desarrollo humano y social más sano, solidario y fecundo. Desde esta confianza, el discípulo de nuestro siglo seguirá siendo portador de los “dones del Espíritu” como lo fueron aquellos primeros discípulos tras la experiencia nuclear de Pentecostés.



*Rembrandt:  
Jesús y sus discípulos en el Huerto de Getsemaní.*